

CAPITULO CXXIII.

Grave aprieto en que puso á D. Alvaro de Luna la nueva confederacion contra él.—Recursos que empleó para inutilizarla.—Terrible derrota de los moros.—Aben Ismail sube al trono de Granada.—Principia la fortuna á abandonar al condestable D. Alvaro.—Su prision en Birgos.—Es ajusticiado en Valladolid.—Consecuencias de su muerte.—Fallecimiento del rey D. Juan II de Castilla.

BAJO terribles auspicios se presentaba la insurreccion de Toledo que dejamos iniciada en el capítulo anterior.

Disfrutando de gran popularidad la tradicion mencionada, fácilmente puede comprenderse, que siendo un obrero quien dirigia al populacho, este se desbordaria por completo.

El mismo gobernador, Pedro Sarmiento, que mantenía la ciudad por el rey D. Juan, formó causa comun con los amotinados, y cuando el monarca trató de apoderarse de la ciudad, despues de haber hecho fuego contra su mismo Rey, llamó al príncipe D. Enrique y se la entregó.

Imposible fuera seguir todo el intrincado laberinto de intrigas, inconsecuencias y deslealtades que constituyen todo el período que vamos recorriendo.

Unas veces, vemos al rey de Navarra, haciendo causa comun con el príncipe D. Enrique, con los condes de Castro y de Benavente, con el almirante y con otros grandes señores castellanos, declarando traidor y culpable al condestable, y al poco tiempo los vemos andando en tratos con ellos y negociando su lealtad con mayores ó menores ventajas.

Todo el reinado que vamos historiando, es un dédalo repugnante de groseras intrigas, de hechos innobles y mezquinos, de humillaciones, violencias y arbitrariedades que no pueden menos de producir una penosa impresion en el ánimo.

Poco tiempo despues de haber visto á padre é hijo tan enemigos, combatiéndose en Toledo, los vemos otra vez reunidos, entrando juntos con el condestable en la rebelde ciudad, y aquel mismo príncipe D. Enrique, confederado un año antes con el rey de Navarra, dirigirse en son de guerra á sus estados, capitaneando la hueste que invadía su reino.

En medio de este revuelto caos de perennes discordias y de innobles ambiciones, nació en la villa de Madrigal en 13 de abril de 1431, la infanta Isabel, que mas tarde, la Providencia sin duda, presentó, como el único remedio, para poner término á los males que por tan largo espacio alligieron á la desventurada nacion.

En medio de tan general trastorno, los moros granadinos, orgullosos por los anteriores triunfos, conseguidos á costa de las divisiones existentes en los cristianos, recibieron dos terribles descalabros, de los que, especialmente uno, cambió por completo la faz de aquel reino.

El conde de Arcos, D. Juan Ponce de Leon, sabedor de que una hueste musulmana se dirigía hacia su villa de Marchena, emboscó á sus soldados, y cayendo de improviso sobre los infieles, destrozóles por completo en medio de aquellos breñales.

Sabedor de este suceso el emir granadino, Aben Ozmin, reunió un lucido ejército, que bajo el mando de Abdilvar, habia de talar las fértiles comarcas murcianas.

El gobierno de Lorca, desempeñábalo á la sazón D. Alfonso Fajardo, que si por su carácter duro é inflexible habia merecido se le apellidase el *Malo*, en cambio, por sus hazañas, obtuvo el sobrenombre de *Bravo*.

Tan luego como supo la decision del granadino, ordenó tocar á rebato en todas las iglesias de la ciudad, y para animar á sus guerreros, celebró una procesion, consiguiendo su objeto hasta el punto de que entre sus filas, se veía un anciano, acompañado de doce hijos, algunos de ellos de muy corta edad todavía y como le preguntasen dónde iba con aquellos niños, contestó: *Llevo estos doce cachorros para que se ceben como leones en sangre mora y cobren aliento para las batallas.*

El ejército cristiano, mandado por D. Alfonso Fajardo, salió con un entusiasmo extraordinario de Lorca, en busca de sus enemigos que no tardaron en presentarse.

Una vez empeñada la accion, y al grito de *¡Santiago!* arremetieron con tal brio los cristianos, que aturdidos los moros, no pudieron resistir al empuje de estos, y se declararon en completa derrota. La mortandad de los infieles fue horrible; casi todo su ejército fue completamente destrozado; los moros aliados de Baza, de Huescar, de Vera, de los Velez y de Almería, perecieron en la accion; Malique, llamado el *Intrépido*, recibió la muerte de manos del donado candillo, ejerciendo tal influjo esta derrota en el emir de Granada, que todo su orgullo y su altivez anteriores, respecto á los cristianos, trocáronse en cruel ferocidad para con sus súbditos.

Irritáronse estos, y volviendo sus ojos hacia su primo Aben Ismail, que permanecía refugiado con los abencerrajes en Montefrío, contando con el auxilio del rey de Castilla, y con las buenas disposiciones en que el pueblo se hallaba respecto á él, adelantóse hacia Granada, trabó el combate con las tropas de Aben Ozmin, quedando derrotado este, y huyendo despues á la sierra, dejó franco el camino á su competidor, el cual fue aclamado con gran pompa en Granada, en 1432.

A la par que esto tenia lugar, en Castilla preparábase otro importantísimo acontecimiento iniciado ya en nuestro capítulo anterior.

El Rey habíase propuesto desembarazarse de su favorito, á lo cual le alentaba su misma esposa, dándole ocasion para realizarlo la misma ambicion de D. Alvaro.

El conde de Plasencia, D. Pedro de Zuñiga, era el único que ha-

cia sombra al condestable, y en su consecuencia, determinó perderle, pero avisado por Alonso Perez de Vivero, fortificóse en su villa de Bejar, y se alió con otros varios caballeros al objeto de destruir al que consideraban como causa de tantos males.

Alonso Perez de Vivero pagó con su vida la falta que cometiera, avisando al conde de Plasencia, y esto aumentó la irritacion contra el condestable, habiendo mediado distintas comunicaciones entre el Rey y D. Alvaro de Zuñiga, hasta que entró en Birgos con grandes precauciones, recibiendo una cédula del Rey en que este le decia: *D. Alvaro Destuñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de D. Alvaro de Luna, Maestre de Santiago; é si se defendiere, que lo mateis.*

En su consecuencia presentóse D. Alvaro ante las casas de Pedro de Cartagena, donde paraba el condestable, y cercándolas con sus gentes, tras una encarnizada lucha, sostenida por los criados del favorito, dióse á prision este, bajo el seguro y palabra real consignada en una cédula escrita y firmada por el mismo monarca, de ni en su persona, ni en su hacienda, recibiría ningun agravio.

Trasladado desde Birgos á la fortaleza de Portillo cerca de Valladolid, formósele proceso, cuyo resultado fue el que era de esperar.

Condenósele á ser degollado, y cortada su cabeza, puesta en un clavo alto sobre un cadalso para ejemplo de los demás grandes del reino.

En su consecuencia trasladóse á Valladolid, y á las primeras horas de la mañana del dia 2 de junio de 1433, el ilustre ex-favorito cumplió con los deberes de cristiano, llevándole despues á su peticion algunas guindas que comió, bebiendo un poco de vino.

A la hora designada, se encaminó la comitiva fúnebre al lugar de la ejecucion; el ilustre reo montaba sobre una mula, y en sus espaldas llevaba una capa negra, siendo acompañado por los pregoneros que decian en alta voz:

Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor á este cruel tirano é usurpador de la corona real, en pena de sus maldades é deservicios, mandándole degollar por ello (1).

Una vez en el lugar de la ejecucion, subió D. Alvaro con paso firme y sereno al patíbulo, y se puso á pasear por el tablado mirando á todas partes, lo que produjo gran impresion en el ánimo de los que lo presenciaban; uno de los caballeros del príncipe, fue visto por el reo, que inmediatamente lo llamó y le dijo:

Ven acá, Barrasa, tú estás aquí mirando la muerte que me dan; yo te ruego que digas al príncipe, mi señor, que dé mejor galardón á sus criados que el Rey mi señor mandó dar á mí.

Reparando en un garfio que estaba colgado sobre el madero, preguntó qué significaba, á lo que le contestaron que era para colgar su cabeza, á lo que respondió D. Alvaro: *Despues que yo fuere degollado hagan del cuerpo y de la cabeza lo que querrán.*

Inmediatamente se desabrochó y entregó su cabeza al verdugo. Poco despues apareció esta colgada en el garfio en donde permaneció tres dias. Para hacer mas ignominioso su fin, colocóse al pié una bandeja de plata, lo mismo que se hacia con los reos comunes, á fin de que en ella se depositasen las limosnas para su entierro.

Su cadáver fue sepultado en la ermita de San Andrés, donde se enterraba á los malhechores, pero desde allí se le trasladó al convento de San Francisco, y finalmente á la capilla que él mandó hacer en la iglesia mayor de Toledo (2).

Indudablemente semejante carrera desde la cumbre del poder hasta las gradas del cadalso, es la mayor leccion que de las humanas grandezas puede suministrarnos la historia.

No podemos nosotros detenernos á formar un juicio respecto al hombre, á quien la fortuna llevó desde la mas humilde hasta la mas alta posicion, para derribarle despues ante su veleidoso capricho, pero sí debemos convenir con algunos eruditos historiadores, en que á nadie menos que al rey de Castilla correspondia el tratar con un ensañamiento tan cruel al hombre que por tantos años le habia servido, ni tampoco cuadraba la cruel enemiga que le demostró una reina que le era deudora del trono.

Poco tiempo sobrevivió el rey D. Juan á la muerte de su favorito, viéndose en aquellos postreros años rodeado de aquellos bandos, de aquellas ambiciones, de aquellos desafueros que el condestable se habia visto obligado á combatir durante su existencia.

En diciembre de 1433 tuvo el Rey otro hijo á quien se puso por nombre Alfonso, y poco despues suscitóse el escandaloso proceso de divorcio entre el príncipe de Asturias D. Enrique y su esposa doña Blanca de Navarra, basado en la impotencia de entrambos consortes, y en noviembre de 1433, al cabo de catorce años de matrimonio, fue declarada la nulidad y autorizado el divorcio, siendo la desdichada princesa enviada á su tierra, cuando se hallaba mas próxima á heredar el trono de Castilla.

En 21 de julio de 1434, y despues de un reinado de cuarenta y ocho años de constantes perturbaciones y disturbios, falleció el rey D. Juan II, en Valladolid, dejando en perspectiva otro nuevo reinado mas desastroso todavía.

(1) El bachiller Gildareal, testigo del suplicio, dice que el pregonero habiendo dicho por una equivocacion en vez de *deservicios, servicios*, exclamó el de Luna: con mucha seriedad: *Bien dices, hijo mio, por los servicios me pagan así.*

(2) Crónicas de D. Juan II y de D. Alvaro de Luna.



D. ALFONSO V DE ARAGON

Riera, Editor Barcelesna, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXIV.

D. Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón.—Terminación del cisma.—Pasa el rey de Aragón á Nápoles y la reina Juana le adopta por hijo.—Sangrienta batalla en las calles de Nápoles.—Ataque de Marsella por el rey de Aragón.—Triunfo obtenido por este sobre los moros de Túnez.—Nueva adopción hecha por la reina de Nápoles en la persona de D. Alfonso.—Apurada situación del Pontífice.—El rey de Aragón le ofrece su apoyo.—Muerte de la reina Juana de Nápoles.

A la muerte de Fernando I de Aragón, sucedióle su hijo primogénito Alfonso V, en 2 de abril de 1416.

Su hermano D. Juan, que se hallaba de gobernador general en Sicilia, dejó aquel cargo en virtud del llamamiento de su hermano, quedando de vireyes D. Domingo Ram, obispo de Lérida, y don Antonio de Cardona.

Poco tiempo después, en 1417, el concilio de Constanza, perdida ya toda esperanza de renuncia de parte del antipapa aragonés, pronunció solemne y definitiva sentencia, privándole de la dignidad pontifical, quedando elegido, después de grandes disputas, como pontífice, el cardenal de Colonna que tomó el nombre de Martín V.

Nada, sin embargo, bastó á quebrantar la entereza é inflexibilidad de Pedro de Luna que continuó en su castillo de Peñíscola titulándose papa hasta 23 de mayo de 1423, en que falleció, á la edad de noventa años.

Algunos disgustos y contrariedades experimentó el nuevo monarca en sus estados, que le impidieron realizar la empresa que proyectaba respecto á las posesiones de Cerdeña, Córcega y Sicilia.

Estos disgustos nacieron del desecho que tenía D. Alfonso de dejar arreglado el reino á su partida para Italia, confiando el cargo de Justicia mayor á Berenguer de Bardagi en sustitución de Juan Jimenez Cerdan que lo desempeñaba.

Esto produjo alguna alteración que pudo calmarse merced á la renuncia de Cerdan, pero las cortes celebradas en Alcañiz, decretaron que el cargo de Justicia no pudiese ser relevado á voluntad del Rey ni aun con el consentimiento del que lo obtuviera.

En 7 de mayo de 1420 emprendió el monarca aragonés su expedición á Cerdeña, consiguiendo asegurar la posesión de esta isla por completo, pasando á Córcega inmediatamente, sintiendo bullir ya en su imaginación el proyecto de ceñir también sus sienes con la rica corona de Nápoles.

Propicia para esto se le presentaba la ocasión. La reina Juana de Nápoles, que después de haberse negado á dar su mano al infante D. Juan de Aragón, concediéndosela al francés Jacobo de la Marca, había hecho encerrar á este en una prisión, libre de todo freno, dió rienda suelta á sus desórdenes y á sus devaneos.

Varios aventureros disputábanse el corazón y el favor de la reina, y esto promovía violentas alteraciones y disgustos de gran consideración.

Los mas importantes entre aquellos aspirantes rivales eran el capitán Sforza y el gran senescal Caraccioli; pero el primero, no pudiendo soportar las continuas veleidades de la soberana, unióse á Luis III de Anjou, pretendiente de la corona de Nápoles, el cual contaba con el apoyo del papa, y que al frente de una formidable escuadra púsose en las aguas de Nápoles, mientras que el capitán Sforza sitiaba la ciudad por tierra.

Alfonso de Aragón fue llamado por la Reina ofreciéndole la posesión del ducado de Calabria, y la sucesión en el trono de aquel reino.

Aceptó el aragonés, y su armada se dirigió á Nápoles alzando inmediatamente el cerco sus enemigos, y una vez Alfonso en la ciudad, ratificó la reina la adopción que de él hiciera, entregó á los aragoneses y catalanes los castillos que dominaban la ciudad, y bien pronto fue D. Alfonso acatado en todo el reino como legítimo heredero.

A pesar de esto tenía muchos y poderosos enemigos en Italia, siendo el mas poderoso de ellos el duque de Milan, Felipe María Visconti, que era ya señor de Génova. El gran senescal, favorito de D. Juana, lo era también, aun cuando secretamente, y bien pronto la misma Reina, arrepentida del poder que concediera á D. Alfonso, hizo causa común con sus contrarios.

Fuése de tal modo poniendo tirante la situación que no era difícil adivinar el desenlace que tendría. El rey de Aragón llegó á descubrir las maquinaciones de que era objeto; dirigióse al castillo de Capuana donde moraba la Reina, con objeto de prenderla el día 25 de mayo de 1423, mas apercibida aquella, hizo que sus soldados la defendieran, viéndose obligados á retirarse el Monarca y su comitiva.

Entonces llamó la Reina en su auxilio á Sforza, aquel mismo que antes la combatiera, y como la gente con quien este contaba era mas conocedora de la localidad que los españoles, una vez entablado el combate entre angebinos y aragoneses, fueron estos derrotados, quedando prisioneros muchos principales caballeros.

Difícil era la situación á que se vió reducido D. Alfonso, pero merced al oportuno auxilio de una flota catalana que llegó á Nápoles en aquellos momentos, fueron derrotados á su vez los angebinos, evacuando la ciudad, que quedó en poder del aragonés.

La Reina entonces revocó cuantas concesiones le hiciera, transfiriendo su adopción á Luis de Anjou, y uniéndose al duque de Milan, pudo tomar la ofensiva que D. Alfonso supo evitar prudentemente, reembarcándose para España, encomendando la defensa de Nápoles, y la lugartenencia de aquel reino, á su hermano don Pedro.

Como quiera que en el camino que había de recorrer para lle-

gar á Cataluña hubiese de pasar por cerca de Marsella que pertenecía á su competidor el de Anjou, acometiéndola con tal denuedo, que á pesar de la resistencia que opusieron los marselleses, fueron rechazados, quedando la ciudad casi destruida y paralizado su movimiento por mucho tiempo.

Bien pronto, como que los recursos con que había quedado don Pedro de Aragón eran escasos, los confederados que reunían, número y conocimiento del terreno obtuvieron grandes ventajas, apoderándose nuevamente de la capital, quedando solamente por el infante los castillos Nuevo y del Obo, en 1424.

Las contiendas ocurridas por entonces en Castilla, en las cuales, según hemos visto en el capítulo anterior, tanta parte tomara el monarca aragonés, distrajeronle algun tanto de su proyecto respecto á Nápoles, y su poder hubiérase visto en grave aprieto en aquel punto, sin la oportuna llegada de una flota de Sicilia, y sin el descontento de los genoveses que, no soportando bien el señorío del duque de Milan, se hallaban dispuestos á auxiliar al rey de Aragón.

Esto obligó al milanés á confederarse con D. Alfonso, ajustándose un tratado en virtud del cual, obligábase aquel á entregarle los castillos y ciudades que poseía en Córcega, poniendo desde luego entre sus manos algunas fortalezas en la ribera de Génova, y seis galeras para su servicio.

Al mismo tiempo aprovechando el rey de Aragón la estancia en España del cardenal de Fox, legado de la Santa Sede, se reconcilió con el papa Martín V, quitando de este modo un poderoso favorecedor al de Anjou.

Después ajustó una tregua de cinco años con Castilla, y excitado por el príncipe de Tarento, y por otros altos varones napolitanos, cansados ya del yugo de la Reina y de su favorito, determinóse á marchar á Nápoles, cuando la muerte de Martín V, ocurrida en febrero de 1431, y la elevación de Eugenio IV á la silla pontificia, produjeron alguna alteración en los negocios de Italia, alteración que se extendía á casi todos los demás Estados por lo ligadas que sus relaciones se hallaban.

D. Alfonso tomó sus precauciones para lo que pudiera suceder, y á semejanza de lo hecho por su abuelo, D. Pedro III, anunció que iba á hacer la guerra al rey de Túnez, y efectivamente allá se dirigió con su flota, consiguiendo una importantísima victoria sobre aquel monarca.

El asesinato ocurrido por entonces del gran senescal, favorito de la Reina Juana de Nápoles, vino á dar distinto sesgo á aquella cuestión, comenzando á moverse tratos entre la Reina y el aragonés, el cual se trasladó á la isla de Ischia, y revocando D. Juana la adopción del de Anjou, volvió á ratificar la hecha á D. Alfonso, pero á condicion de que no había de ir al reino de orden suya mientras ella viviese, y que había de quedar secreta aquella nueva acta.

Como que el aragonés inspiraba grandes temores á todos los príncipes de Italia, y como que se hallaban temerosos de su poder, aliáronse el Papa, el emperador Segismundo, el duque de Milan y las Señorías de Venecia y de Florencia al objeto de alejarle de allí.

Pero previsora y astuta el aragonés, vió á tiempo la tormenta que le amenazaba, y para contrarrestarla hizo una especie de arreglo con la reina Juana por espacio de diez años, y garantidos sus intereses en aquel reino con los castillos y fortalezas que los españoles poseían, dirigióse á Sicilia á fin de estar á la mira de todos los asuntos que en Italia se debían ventilar.

El presentimiento del Monarca realizóse bien pronto. Aquella liga de tan encontrados intereses, no podia menos de quebrarse bien pronto.

En Roma estalló la escisión, y por cierto que los acontecimientos que en ella tuvieron lugar fueron harto desagradables para la cristiandad.

Los aliados del Papa, descontentos de su conducta para con el duque de Milan, declaráronse públicamente sus enemigos, apoderándose de él é incomunicándole en su propio palacio, mas escapó vestido de franciscano; logró por fin arribar á Pisa y de allí á Florencia, distinguiéndose especialmente en la salvación del Papa los españoles Juan de Mella, arcediano de Madrid, y el Abad de Alfaro, capellan del rey de Castilla.

Sabedor Alfonso de lo sucedido, olvidó todos los motivos de descontento que pudiera tener contra él, y le mandó una embajada haciéndole toda clase de ofrecimientos, y diciéndole que si quería pasar á alguno de sus reinos le acompañarían sus hermanos ó él mismo, si lo prefería, conducta en extremo generosa, que el pontífice agradeció en extremo, porque revelaba una grandeza de sentimientos extraordinaria, pero que no quiso aceptar.

En noviembre de 1434 falleció el duque Luis de Anjou desapareciendo con él el competidor mas temible que podia tener el aragonés, y pocos meses después seguiale también al sepulcro la reina Juana II de Nápoles, nombrando heredero de sus reinos á Renato, hermano del difunto duque Luis, que estaba á la sazón prisionero del duque de Borgoña.



ENTRADA TRIUNFAL DE D. ALFONSO V EN NÁPOLES